

Fernández García, Eugenio (ed.): *Nietzsche y lo trágico*. Madrid: Trotta, 2012, 230 pp. ISBN: 978-84-9879-349-9

Por mano de la viuda y los hijos de nuestro compañero Eugenio, profesor tristemente desaparecido de la Facultad de Filosofía de la UCM, nos enteramos, en la dedicatoria a su recuerdo de este volumen colectivo, de que se trataría con él del fruto de un Seminario «vivido con pasión», la misma que le habría llevado a dedicar buena parte de su existencia filosofante a la investigación y discusión de las obras de Spinoza y Freud. (Por eso resulta chocante leer en el comienzo del último de los trabajos aquí recogidos, por ejemplo, que la cuestión que ha convocado a los autores es la Hermenéutica y Genealogía, y no la Tragedia).

Eugenio Fernández quiere dejar a un lado al Nietzsche sofista, el seductor del efectismo destructivo, algo así leemos, para centrarse con su trabajo en la que sería clave de todo su pensamiento, la «Pasión de verdad» precisamente. Su tratamiento de la subversión nietzscheana del concepto metafísico de verdad que se halla en el sentido constitutivo de nuestra cultura le da ocasión al profesor complutense de organizar el pensamiento de Nietzsche de un modo que al lector se le antoja satisfactorio, o por lo menos ilustrativo. Mostrando el dominio de la bibliografía que podríamos llamar clásica, pero pecando a ratos de una excesiva acumulación de citas y alusiones textuales.

El conjunto de aportaciones que aquí presuntamente se disponen en torno a la cuestión «Nietzsche y lo trágico» lo podemos dividir en dos grupos, dependiendo si sus autores se encuentran más o menos próximos en sus intereses filosóficos a lo que denominamos *Nietzsche Forschung*. De este modo, Mariano Álvarez Gómez analizando limpiamente *Antígona*; Felipe Martínez Marzoa presentando una más que inquietante indicación de que la tragedia ática combinaría tipos de estrofa propiamente inconciliables; pero también Ramón Valls ilustrándonos acerca de la interesante diferencia entre lo trágico hegeliano y lo trágico nietzscheano; o José Luís Villacañas esgrimiendo a su vez la tragedia moderna, o cristianizada al estilo de Kierkegaard, en su condena de la *hybris* de la subjetividad devenida omnipotente, que ya se sabe es madre de todos los vicios; o incluso en menor medida Vincenzo Vitiello, leyendo lo trágico nietzscheano contra Heidegger y en línea con lo sagrado de María Zambrano en *El hombre y lo divino*; todos ellos nos ofrecen diversas interpretaciones que compartirán nada o muy poco con la peculiar tragicidad dionisiaca, o que incluso arremeterán contra ella.

El otro grupo nos permite tomar contacto, en cambio, con lecturas nietzscheanas, las que valoran este pensar con los criterios que él mismo genera, lecturas internas. Este grupo de aportaciones empieza con los espléndidos trabajos de Remedios Ávila y Manuel Barrios. Ella nos expone el pensamiento nietzscheano sobre la piedad, algo también de acentos muy zambranianos, pero sobre todo nos muestra con mano maestra cómo lo trágico nietzscheano se encaminaría propiamente a la santificación de la risa, todo el trecho que lleva de *La visión dionisiaca del mundo* al *Zarathustra*. Él, centrándose en el Nietzsche de *Humano demasiado humano* cargará contra todos los que nos están explicando en nuestros días por qué no son nietzscheanos desde la denuncia de la estetización de la política, o sea, el fascismo, más o menos. En la importante reflexión de Barrios podemos encontrar sin duda claves hermenéuticas capitales para el conjunto del pensar nietzscheano.

Joan Llinares aporta un hercúleo trabajo de lectura profunda de la recepción, asimilación y en último término crítica del pensamiento nietzscheano por parte de Thomas Mann, nada más y nada menos, mostrando cómo el genial escritor iba a hacer de Nietzsche, o mejor dicho, de su amor por él, la medida semiinconsciente de sus apreciaciones vitales y culturales, pero también poniendo de manifiesto hasta qué punto llegamos a comprender al filósofo considerando la apropiación crítica que de él hizo el escritor. Y la pareja que le sirve a Diego Sánchez Meca para adentrarnos en lo trágico nietzscheano es Wagner, por mediación de su intento de contestar a dos preguntas decisivas, por qué Nietzsche casi llegó a idolatrar la música wagneriana, y por qué iba a romper casi cruelmente con ella.

Los dos últimos artículos nos permiten ir directamente a lo esencial, el de Luís de Santiago Guervós al concepto de juego en Nietzsche, y el de Juan Luís Vermal al concepto nietzscheano de verdad (o de no-verdad), expuesto una vez más pero desde otra perspectiva. Ambas contribuciones están pidiendo continuar la investigación, y eso al lector le va a quedar

perfectamente claro. Y continuarla no solo en la línea hermenéutica, sino simplemente conceptual, para empezar, analítica. Porque el juego y la verdad (no-verdad), o sea, la «razón lúdica» y la «transformación crítica de la metafísica», a partir del filósofo alemán, nos abrirían el terreno en el que se alcanza, para decirlo en las palabras y en el entender de Vernal, «el punto extremo del pensamiento nietzscheano» (p. 225). Para entenderlo sin retroceder envenenado por él, el pensamiento-Nietzsche en toda su extremosidad, se haría en efecto necesario saber de qué estamos hablando cuando nos referimos al juego y a la verdad, el juego de la verdad, la verdad del juego, como a la paradójica sustancia de la historia de Occidente, por lo menos a partir de Heráclito. O bien, decidirse a pensar a fondo, como hace Luís de Santiago, la verdad (no-verdad) de que la cifra de la existencia no es en absoluto moral, sino estética.

Mariano Rodríguez González
Universidad Complutense